

## EDITORIAL

Quienes apostamos, con la mayoría de los peruanos, por una salida pacífica de la crisis que desató la toma de la residencia del embajador del Japón, nos hemos visto sorprendidos y confrontados con una solución militar exitosa, de acuerdo a todos los parámetros con que se suele medir este tipo de operaciones.

La solución al problema es inobjetable y no podemos dejar de alegrarnos por el rescate de 71 rehenes. Quisiéramos que este sentimiento fuera suficiente para compensar el dolor y la desazón que nos producen la muerte de uno de los rehenes y de los dos oficiales del ejército que entregaron su vida en esa operación de rescate. Nos duele también la muerte de la totalidad de los miembros del comando emerretista, si bien en ellos radicó la violencia original que hizo posible, y alimentó desde el inicio, el desenlace violento del 22 de abril. Reconocer la grave responsabilidad del comando emerretista, no nos impide lamentar la muerte de sus miembros y el dolor de sus familiares, que es el mismo que comparten con los familiares de las otras víctimas.

Nos ratificamos aquí en nuestra apuesta original por una salida pacífica que permita superar los sentimientos encontrados que afligen hoy a tantos peruanos. Creemos que en la solución pacífica de los conflictos sociales se encuentra la semilla de la pacificación futura.

Superado el trauma de la crisis quedan pendientes muchas interrogantes. Cabe preguntarse, en primer lugar, cuánto incidió en la opción por la vía violenta el extremo a que había llegado el grave contexto de crisis política que estaba afectando seriamente a los aparatos más sensibles del poder del Estado y a algunos de sus miembros más prominentes. No tenemos modo de saberlo a ciencia cierta, faltos como estamos de información directa y completa sobre la preparación y características del operativo cumplido. Por el contrario hay desinformación y mucha especulación al respecto, como la hubo en diciembre durante los días que siguieron a la incursión del MRTA. La desinformación, como quedó entonces demostrado, produce problemas de estabilidad y confianza social.

De todas maneras, cualquiera sea la verdad de lo ocurrido, la ciudadanía no se ha llamado a confusión. Las más recientes encuestas de opinión son unánimes en sus resultados: sin dejar de celebrar el éxito del operativo de rescate de los rehenes, la inmensa mayoría de la población reclama que prosiga, y a fondo, el esclarecimiento de todos los casos que han quedado pendientes.

No hay, en la voluntad popular, el menor deseo de que el éxito obtenido sirva para encubrir los problemas que debe enfrentar el gobierno.

Hemos asistido a una acción militar victoriosa. Pero sigue pendiente la victoria política, la que trae consigo la pacificación real del país, el mejoramiento de la vida de todos los peruanos, el fortalecimiento de la democracia y el respeto de sus instituciones.